

Realidad y la ficción Niebla

Unamuno, con un inmenso alarde de habilidad literaria, manifiesta en un breve cuento una realidad de la cual todos son convictos. Plantea muy enfáticamente una hipótesis que roza entre lo metafísico y lo irrealista, introduciéndola en un plano donde la realidad y la ficción, en cierto punto, son indiferenciables. Debido a la omisione de los actos. No recata en recursos ni rebuscada reflexión para dar a entender su pensamiento. Al igual que autores como Miguel de Cervantes o Borges, Miguel de Unamuno nos retrata esta realidad de la cual somos prisioneros, porque la vida a sus ojos no es más que un simple sueño, o un gran sueño divino de un ente superior que nos gobierna.

Leer Niebla puede resultar perdedor para muchos, es una literatura complicada que lleva mucha horas de análisis y profunda reflexión. El protagonista que narra la historia, a lo largo y ancho de toda la obra, narra impersonalmente todo lo que le ocurre a Augusto. La inmensa cantidad de diálogo que utiliza es tal que recurre al monólogo, utilizando a un perro como excusa para satisfacer su deseo de expresarse libremente. Se podría dividir a la obra en dos segmentos. La primera mitad donde se narra una historia corriente de un hombre y su gran amor, y la segunda parte donde realidad y ficción se fusionan creando un sentimiento de incredulidad.

al no poder diferenciar entre estar dor planor, generando una atmósfera que propaga un malestar común dada las circunstancias que atañen al protagonista y relatando así, el momento más memorable de la obra, que convierte a Niebla de Miguel de Unamuno en un clásico universal que sobrevive a las generaciones y nunca caerá en el olvido.

Este momento cumbre de la obra es donde mejor se pueden apreciar y no poder no introducir en la corriente filosófica que, inconscientemente, Miguel de Unamuno predicaba. Cuando se introduce a él mismo en la narración como un personaje ficticio, aclara su posición respecto a que la realidad para él, solo es otra clase de ficción y la vida, un rompecabezas que intentamos resolver, aunque sin saberlo, siempre ha estado ordenado. Augusto confronta a su Dior, al duero de su vida, reclamándole el suicidio. Allí es donde realiza que su vida ya no tiene sentido y deambula como un barco a la deriva, porque su vida no era más que la creación de otra persona. Él, sin conocer esta realidad, ya lo había pensado. Jugando al tute o gastando dinero en el carino, en cierta medida, también lo había deseado.

Si toda su vida había sido inventada por otra persona; entonces, ¿realmente él era artífice de lo que sus sentimientos le imperaban hacer? ¿Sus dolores, reacciones, perejines y voluntades eran en parte suyas? ¿Alguna vez tuvo

voluntad en su vida? La respuesta es no.

A lo igual que un Dios malvado presuntamente omnípotente su vida estaba escrita y rezaba en epitafio todo los infiernos que atravesaría.

Después de una larga noche, Augusto caería en cuenta que su existencia solo era tragedia, comedia y ficción, una gran obra de arte, que sin saber por qué muy profundamente en su alma y corazón; si se pueden catalogar como suyos, agradecía.

Finalmente Augusto murió, pero si era solo un personaje en la imaginación del autor, ¿Realmente murió?

La respuesta nuevamente es no, y es aquí donde Miguel de Unamuno deja clara su posición sobre la realidad y la ficción. Al Augusto aparecer en su muerte no da a entender que no muere el que se va de este plano terrenal, solo muere el que se olvida. Al ser un personaje ficticio Augusto y el resto de personajes vivirán eternamente en nuestros recuerdos. Al fin y al cabo Miguel estaba tan seguro de como iba a actuar, que en un acto de suprema bondad le regaló a Augusto una vida de ventaja. Porque realidad y ficción solo residen en nuestra mente, la mente humana.